

Artículo de opinión

Treinta años de consensos y disensos en el Mercosur

Alejandro Simonoff*

Introducción

Hasta la segunda década del nuevo milenio existió un elemento de continuidad en la vinculación con el mundo desde 1983, y fue la estructura triangular que puso al tope de nuestra agenda a Washington y Brasilia -utilizándolos como contrapesos-, en un marco predominantemente cooperativo, dejando a un lado las oscilaciones del pasado y donde el Mercosur cumplió un rol relevante¹.

Las diferencias estuvieron en las acciones con que las dos tendencias predominantes utilizaron el Triángulo. Podemos delinear: la primera, la autonomista, que consistió en buscar márgenes de maniobra, como ocurrió durante los gobiernos de Raúl Alfonsín, Eduardo Duhalde, Néstor Kirchner y Cristina Fernández, que apuntaron a establecerlos con países de similares recursos y valores; y la segunda, la globalista que privilegió la relación con la potencia hegemónica, como en las administraciones de Carlos Menem y de Fernando de la Rúa. Si bien en principio las administraciones de Alberto Fernández y Mauricio Macri pueden ser ubicadas en esas categorías respectivamente, el nuevo marco de una estructura romboidal, por la incorporación de China a la ecuación junto a Brasilia y Washington, nos lleva a la necesidad de repensar tanto las estrategias como los instrumentos para su concreción.

La existencia de fuertes condicionantes, como el endeudamiento creado por la dictadura, generó la necesidad de acercarse a Washington para conseguir apoyo financiero, ya sea unilateral o a través de los organismos multilaterales que controla, cuestión que ocasionó una tensión en la búsqueda de un mayor marco autonómico.

El Mercosur y los primeros tiempos de la democratización argentina

La relación con Brasil debemos verla en el marco de un proceso de integración selectiva que reconoció su origen en el giro realista de 1985 por el fracaso del Consenso de Cartagena para el tratamiento de la deuda externa². Para que existiera el Mercosur fue necesario la construcción de una alianza entre Argentina y Brasil, que más allá de las cuestiones económicas y comerciales que sostuvieron su base material,³ como lo dijo el Canciller de Alfonsín, Dante Caputo, “lo que queríamos era construir un núcleo

*Doctor en Relaciones Internacionales (UNLP), Profesor Titular Ordinario de Historia General VI de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP), Docente-Investigador del Instituto de Relaciones Internacionales (UNLP) y del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP). Correo electrónico: asimonoff2010@gmail.com .

¹ El esquema triangular fue producto de una “maduración conceptual” de nuestra política exterior en dos cuestiones fundamentales que la habían caracterizado: 1) no puede existir una oposición visceral, ni un alineamiento acríptico hacia los Estados Unidos; y, 2) el impulso de una política cooperativa hacia América Latina, con eje en Brasil. (Figari, 1993)

² Si bien no abandonó una retórica latinoamericanista, ésta se volvió más limitada.

político con mayor capacidad para promover nuestros intereses en ese mundo tan asimétrico en su distribución de poder” (Caputo, 2015, p. 142).

El proceso de integración se originó con los tratados firmados por Sarney y Alfonsín, y se consolidó con la formación del MERCOSUR. La Declaración de Foz Iguazú de noviembre de 1985 comprendía: la promoción del mercado común entre ambos países que se podía ampliar a otros de América del Sur; aumentar el poder político y de negociación por un sistema de consulta previa; alcanzar al máximo de autosuficiencia en materias primas críticas, inversiones y bienes de capital; sustituir al dólar como moneda de intercambio; intensificar y permitir la cooperación científico-tecnológica principalmente en biotecnología, energía nuclear e infraestructura. E incluía acuerdos de cooperación bilateral en el tema nuclear y la creación de una comisión mixta de alto nivel para la cooperación y la integración.

A mediados del año siguiente se firmó el Acta para la Integración Argentino-Brasileña que formuló el Programa para la Integración y Cooperación Económica (PICE) con doce protocolos que se extendieron a veintiuno, de los cuales dieciocho funcionaron -algunos muy bien como los de bienes de capital y el de trigo- y sólo uno fue rechazado (producción conjunta de material bélico).

Estos acuerdos marcaron el alejamiento del oscilante desinterés argentino hacia la región. Aunque esta continuidad mostraba una diferencia: en los ochenta la asociación buscaba fórmulas para ganar autonomía a través de la coordinación política y expresaba claramente una forma solidarista en los términos de Juan Carlos Puig (1986) y en la década siguiente se la planteó como una escala en el proceso de globalización⁴, produciendo un desplazamiento hacia una forma más comercialista, aunque no absolutamente⁵.

La proliferación de teorías globalistas⁶ afectó a la integración del Cono Sur, como se observó en la firma del Tratado de Asunción (1991), en el cual los mecanismos de manejo de las asimetrías se postergaron a favor de la apertura de las barreras comerciales recíprocas. En términos generales las prioridades eran distintas a las planteadas en la década anterior, ya que se buscó la transformación del modelo desarrollista, la legitimación del discurso hegemónico neoliberal y la aceptación de las imposiciones del Consenso de Washington.

La integración ya no fue pensada como una forma de ganar potencialidades entre los socios para enfrentar las dificultades que ofrecía el escenario internacional, sino

³ Brasil era una de las hipótesis históricas de conflicto que existían en la Argentina, pero esa situación comenzó a revertirse con el Acuerdo Tripartito de 1979. Para el logro de esta convergencia fue determinante tanto la institucionalización democrática, como las nuevas necesidades cariocas tras el “milagro”.

⁴ El término de la Guerra Fría, no sólo puso fin al mundo bipolar, sino que liberó las fuerzas de un capitalismo que venía incubándose desde 1973, afectando a los modelos de desarrollo de la periferia. Es el proceso que Dani Rodrik denominó hiperglobalización, definido como la búsqueda de la unificación internacional de los mercados de bienes de capital que “se convirtió en un fin en sí mismo” y que ha eclipsado a las políticas nacionales (2011, p. 96).

⁵ Puig identificó dos modelos de integración: uno comercialista y otro solidario. El primero lleva a reforzar el régimen internacional vigente y a profundizar las asimetrías entre los socios al adoptar una perspectiva exclusivamente económica e interdependiente. La variante solidaria se fundamenta en alianzas con objetivos específicos y valores compartidos como la autonomía (Puig, 1986).

⁶ Entendiéndolas como un desarrollo de los antiguos occidentalistas quienes promocionaban un alineamiento irrestricto con Washington en la Guerra Fría, y se transformaron en globalistas, los cuales, como apuntó Amado Cervo, “deducen de la práctica, de extraer conceptos a veces elaborados por hombres de Estado, a veces implícitas en su práctica” (Cervo, 2003, p. 6).

como un peldaño para acceder a él. Sin embargo, existen dentro de esta perspectiva dos percepciones diferentes: la globalista benigna que propició un acceso sin barreras, y la asimétrica, que buscó tener cierto control en el proceso. Aunque ambas tuvieron un *modus vivendi* en torno al “regionalismo abierto”, ya que existía la creencia que “el ingreso a la globalización era a través de los bloques regionales” (Marinucci, 1994, p. 147).

Las tensiones se expresaban en torno a las formas de acceso a la globalización. Como lo señaló Acuña, Brasil continuó “mantenido políticas proteccionistas respecto a sectores estratégicos de su economía..., una política exterior de carácter más autónomo que la planteada por el gobierno argentino” (Acuña, 1992, p. 110).

Esas dos tendencias fueron conceptualizadas por Amado Luíz Cervo quien distinguió una forma benigna, que acepta la globalización y sus reglas, sin la más mínima confrontación con ella, como era el caso de la administración de Menem, y otra asimétrica, la cual, a pesar de reconocer sus dificultades, busca participar de las instituciones para influenciar en las normas que emergen y lograr plasmar ciertos objetivos nacionales, como en el caso de los diversos gobiernos brasileños después de Collor de Melo hasta la llegada de Lula (Cervo, 2003)⁷.

Pero existía cierta predominio de la necesidad de negociar para ingresar en la globalización, como fue el mecanismo “4 + 1”⁸ y posteriormente la sanción de la Resolución 32/2000 por la cual se institucionalizó y se hizo extensivo a toda negociación con terceros países y otros bloques regionales⁹.

Crisis 2001: Mercosur como eje de inserción internacional

Tras la crisis de 2001 la Argentina profundizó su rol regional luego de ciertos titubeos que se habían manifestado desde el gobierno de la Alianza. La estrategia de inserción internacional tuvo un vuelco hacia la opción de Brasil, y un tratamiento razonable hacia la gran potencia del norte del continente.

Más allá de estas cuestiones propias, el lanzamiento de la Guerra contra el Terrorismo por parte de George W. Bush redundó en una mayor autonomía en muchos aspectos, pero también trajo aparejadas nuevas responsabilidades, como lo demostró la intervención en misiones de paz en Haití y en las diversas crisis que tuvieron lugar principalmente en el Cono Sur.

Las relaciones con Brasil pasaron de un buen momento, marcado por la solidaridad de ese país en la crisis de 2001, y reforzado con la llegada de Lula Da Silva, hasta que a fines del año 2004 empezaron a mostrar ciertas tensiones, como lo fueron las discusiones en torno al rediseño del Consejo de Seguridad y el rechazo inicial a la Comunidad Sudamericana de Naciones.

La variante carioca permitió mejorar los términos de negociación internacional, tanto en la integración regional como en las negociaciones en el marco de la

⁷ Esta sutil diferencia de esta última forma es la que permite cierta convergencia con quienes propugnan la búsqueda de márgenes de maniobra.

⁸ Es el nombre con el que se conoció a la negociación de los países del Mercosur con los Estados Unidos por el ALCA.

⁹ Tempranamente sectores vinculados al neoliberalismo económico, como Ricardo López Murphy y Domingo Cavallo -ambos ministros de economía de la Alianza- y vinculados con un globalismo benigno, no congeniaban con esta idea de negociación conjunta y reclamaban que la Argentina debía recuperar su “libertad de acción”. (Cavallo, 2001, pp. 264-265) Cuestión que generó tensiones con el Canciller de ese gobierno Adalberto Rodríguez Giavarini inscripto dentro de la variante asimétrica.

Organización Mundial de Comercio, aunque fue menos efectiva en la relación con los Organismos Multilaterales de Crédito.

La relación con Brasil durante los mandatos de Cristina Fernández estuvo marcada principalmente por los efectos de la crisis mundial de 2008. La acumulación de tensiones en el ámbito comercial y de inversiones con Brasil, puso a prueba la “paciencia estratégica” llevada desde los tiempos de Lula Da Silva por nuestro principal socio internacional.

Por otra parte, la ampliación del Mercosur, con la llegada de Venezuela como quinto país miembro, resultó central para la evolución del bloque comercial en un instrumento de inserción económica internacional para los socios en clave solidarista. La extensión del crack de las *subprime* incrementó la tensión en ambos lados del triángulo, lo que llevó a buscar un contrapeso con la firma de la Asociación Estratégica Integral (AEI) con China en 2014. Sin embargo esta solución tuvo sus claroscuros ya que por un lado significó el reconocimiento de la nueva variable, y por otro implicó nuevos desafíos, como observaron Paikin y Dulcich, quienes indicaron que la participación de Beijing en nuestra estructura de inserción internacional significaba la toma de “porciones del mercado argentino desplazando al país vecino y dando cuenta de una nueva búsqueda del país asiático por alcanzar destinos con productos de media o alta dotación de tecnología.” (Paikin y Dulcich, 2017, p. 411)

A comienzos de la segunda década del nuevo milenio, estos factores llevaron a que el proceso negociador con la Unión Europea que había tenido impulso los últimos estertores de la oleada neoliberal de los noventa, tomara nuevos bríos, producto del cambio de posición de la Federación Industrial del Estado de San Pablo (FIESP). Sin embargo fue limitado por las políticas más proteccionistas de Argentina, posterior a la crisis de 2008, como también por la desconfianza del mundo agrícola europeo. En 2013, esto cambió por la decisión de Brasil de impulsar el acuerdo sumando a Paraguay y Uruguay, pero Argentina apareció poco dispuesta, generando un sinnúmero de tensiones y presiones entre ambos países y aportando un elemento más en el complejo escenario bilateral (Simonoff, 2014).

El giro conservador y la pérdida de la centralidad el mercado regional

En un giro de la tendencia manifestada desde 2001, la administración de Mauricio Macri inscribió su accionar a favor de un sesgo neoliberal de la globalización, o hiperglobalización según Rodrik (2011). En ese marco, el Mercosur, principal instrumento de inserción internacional de la Argentina hasta ese momento, fue desvalorizado frente a otros polos como la Alianza del Pacífico –la asociación deseada por la administración macrista–, la UE y los Estados Unidos, y también fue reducido a ser la puerta de acceso a los dos primeros bloques en un sentido claramente comercialista¹⁰. Por ello quedó como un “puente” para los acuerdos OMC plus, considerándose una atadura de la libertad de Argentina de vincularse con el “Primer Mundo”. De este modo, sus referencias fueron considerarlo como parte del “aislamiento”, nunca se sintieron cómodos con él, prefiriendo la fuga hacia la Alianza del Pacífico.

¹⁰ Para el gobierno conservador este viraje no se reduciría a la Alianza del Pacífico, sino que tenía como destino final la Asociación Transpacífica (TTP), lo mismo puede decirse del Acuerdo con la Unión Europea (UE), cuya punta de riel era el Transatlántico (TTIP).

El anuncio del acuerdo comercial entre la UE y el Mercosur¹¹ fue asimilable a otros ejemplos históricos, como el pacto Roca-Runciman de 1933, ya que se aceptó el rol de proveedor de manufacturas de los primeros (poniendo en jaque a las propias), pero el de exportadores de productos agropecuarios no, ya que muchos de ellos están sujetos a las políticas de subsidios, cuotas y reglamentación sanitaria que restringen esa función en rubros como lácteos, vinos, carnes, etc.

Además, la apuesta por la UE –claramente un actor secundario frente a Washington y Beijing– llevó a preguntarnos sobre la oportunidad de este acuerdo en el medio de una guerra comercial. Por si esto fuera poco, los aranceles impuestos por esta disputa económica afectarán la relación con el viejo continente, ya que sus bienes sin las barreras encontrarán mercado en nuestras latitudes.

Uno de los efectos más preocupantes fue la flexibilización del Mercosur, como quedó claro en la reunión de 2019 del bloque en Santa Fe, donde se resolvió dejar en libertad de acción a cada uno de los socios regionales para aplicarlos una vez sancionado localmente, sin esperar la aprobación de los otros para la puesta en funcionamiento del instrumento negociado sea en un mismo momento.

El quiebre conservador y hacia una nueva centralidad (?)

El gobierno justicialista de Alberto Fernández, si bien ha manifestado el lugar prioritario del Mercosur en su diseño de inserción externa, debe enfrentar: la falta de coordinación con Brasil frente a China, su efecto disolvente sobre el intercambio intrazona y el virtual quiebre en las estrategias de inserción de Argentina y Brasil frente a la hiperglobalización expresada en el acuerdo con la Unión Europea.

Las diferencias se vieron claramente en la decisión del gobierno argentino de dejar las negociaciones del mercado regional con Corea del Sur, Canadá y otros actores. Fue la evidencia más clara que la sintonía que se había observado en el pasado entre Argentina y Brasil estaba descompuesta por el resultado electoral de octubre de 2019 que puso a ambos países en esquinas opuestas. Bolsonaro profundizó y aceleró su agenda de integración neoliberal al mundo, mientras Buenos Aires se estaría alejando de ese paradigma. (OGS, 2020)

El cabildeo del Embajador Daniel Scioli, quien buscó “dejar atrás una agenda tóxica de desencuentros y pasar a tener una agenda positiva”, comenzó a dar frutos (Pignotti, 17 de enero de 2021). Una muestra de ello fue la primera videconferencia entre Alberto Fernández y Jair Bolsonaro, con motivo del festejo del Día de la amistad argentino brasileña, el 30 de noviembre. Ésta era la primera conversación entre ambos mandatarios en once meses desde la asunción del porteño a la primera magistratura del país. En ella se comprometieron a “reencausar un vínculo atravesado por duros choques bilaterales” y a mantener “un buen vínculo” (Niebieskikwiat, 1 de diciembre de 2020, p. 10).

Sin embargo, este acercamiento tuvo costos en el modelo de inserción, como la aceptación del acuerdo con la Unión Europea. Ello explica el giro hacia la aprobación, luego de cierto titubeo inicial que tuvieron las autoridades de Buenos Aires. (El Economista, 3 de diciembre de 2020).

Como hemos sostenido este acuerdo nos conducirá a una primarización selectiva, ya que hará imposible cualquier producción industrial y en el caso de nuestras

¹¹ Para lograrlo fue necesario expulsar a Venezuela del grupo regional y así aprovechar la sintonía con la hiperglobalización de los restantes miembros.

materias primas, ellas competirán con otras subsidiadas del otro lado del Atlántico, las cuales convertirán también en inviables las actividades agrícolas. Ese panorama contrasta mucho con el discurso productivista que el gobierno enarbola. El gobierno argentino no parece capaz de revertir el sesgo comercialista otorgado al Mercosur durante el giro conservador y por ende alejado de un carácter solidarista y formador de autonomía.

En la reunión conmemorativa de los treinta años del MERCOSUR los presidentes de Argentina y Uruguay manifestaron las tensiones en torno a su rol como instrumento de inserción internacional (una posición más autonomista por parte de Buenos Aires y otra más globalista que expresa Montevideo pero que debemos sumar a Brasilia y Asunción). El debate tuvo lugar a partir de la expresión de Lacalle Pou sobre el hecho que la Unión Aduanera -con cierta coordinación con Bolsonaro-, “no debe y no puede ser que sea un lastre”. (Beldyk, 27 de marzo de 2021, p. 2)¹² Esa expresión mereció una dura respuesta de Alberto Fernández: “Si somos un lastre, tómese otro barco”.

Al mes siguiente en la reunión del Consejo del Mercado Común del 26 de abril de 2021 asistieron los ministros de Relaciones Exteriores (Sola), Economía (Guzmán), Producción (Kulfas) y Agricultura (Luis Basterra) donde la Argentina propuso dividir los aranceles en dos grupos: materias primas (0%) y bienes con valor agregado que hay que proteger. Mientras que Brasil y Uruguay presentaron una reducción transversal del 10 % para el primer semestre y otro 10 % para la segunda mitad del año, para garantizar un acuerdo a corto plazo y no extender la discusión¹³.

En el marco del traspaso de la presidencia Pro t mpore del Mercosur de Argentina hacia Brasil, el gobierno uruguayo anunció que desconocer  la resolución 32/00, que es una nueva estocada al malogrado MERCOSUR, aunque debemos reconocer que no es la primera vez que ese país marca desavenencias con ese aspecto. Creemos que estamos asistiendo al final del regionalismo abierto que dio origen al Mercosur, entendido como el acceso a la globalización a través de las regiones de los noventa, y que permitió la convergencia entre las opciones autonomistas y cierto globalismo.

Bajo el argumento que la disposición es un obstáculo a la flexibilización reclamada desde Montevideo, pero con cierto guiño de Brasilia. En su nuevo mandato brasileño al frente de la organización regional expres  en consonancia la necesidad de “modernizar” al Mercosur con una mayor apertura comercial ¹⁴.

El motivo de esta jugada es disciplinar a la Argentina, ya que el gobierno de Alberto Fernández, aunque aceptó a regañadientes el Acuerdo con la Unión Europea, se

¹² Se refería al disenso existente con el Arancel Externo Común y las nuevas negociaciones con otros países y regiones, para poder llegar a un área de libre comercio, cosa que Buenos Aires rechazó, e implícitamente reclamó salir de la resolución 32/2000 que obliga a los socios a una solución común.

¹³ Además, se continuó la discusión por la flexibilización del Tratado de Asunción que habilite el diálogo con terceros países (Estados Unidos, China y Reino Unido), con un esquema de diferentes velocidades, lo cual llevaría a un abandono virtual de la resolución 32/00. Como ha sostenido Beatriz Nofal antes que discutir la flexibilización, Argentina y Brasil “deben sincerar a qué tipo de integración se comprometen a pertenecer” una unión aduanera o un área de libre comercio. (26 de marzo de 2021, p. 27)

¹⁴ Las elites uruguayas y brasileñas pretenden una veloz incorporación al Orden Liberal Internacional, cuando este se encuentra en crisis. A pesar de ello esgrimen la necesidad que modernizar, en realidad desnaturalizar, al Mercosur y lo hacen en un sentido disciplinador de las resistencias, parafraseando a Jean Baudrillard (1991), los grupos dominantes esgrimen la modernización como forma de electrocutar las resistencias a su hegemonía.

negó a continuar otras negociaciones y esto entorpeció la decisión de las elites regionales de integrarse a la globalización sin escalas.

Conclusiones

Desde su creación en 1991 el Mercosur se constituyó en un útil instrumento para la política exterior argentina, ya que les permitió a las diversas administraciones construir una estrategia de inserción internacional.

Está claro que el eje entre Brasil y Argentina resultó clave para la construcción del Mercosur y que fue variando de acuerdo a las diversas ópticas predominantes, socialdemócratas en los ochenta, neoliberales en los noventa, progresistas de la marea rosa en el nuevo milenio y conservadora en la segunda mitad de la década pasada. Pero hoy se encuentra en crisis por la incompatibilidad de modelos de inserción entre Buenos Aires y Brasilia.

También no es menos cierto que existieron ciertos matices que permitieron la valoración positiva desde posiciones antagónicas, como la Resolución 32/2000 y que el cuestionamiento existente obedece tanto a cambios externos -el ascenso de China y el proceso de globalización- como internos, de cómo las elites cambian sus objetivos e instrumentos para llevarlos a cabo.

Todas estas fuerzas están tironeando al Mercosur y nos llevan a pensar que resulta necesario tomar medidas para que recupere su carácter solidarista y, a partir de ello, las capacidades que garanticen márgenes de maniobra para cumplir con nuestros objetivos como sociedad.

Bibliografía

- Acuña, S. E. (1992). MERCOSUR ¿El desafío del 94? *Relaciones Internacionales* año 2 (nº 2), pp. 97-124.
- Baudrillard, J. (1991). *La Guerre du Golfe n'a pas eu lieu*. Paris, Francia: Galilée.
- Beldyk, M. (27 de marzo de 2021). "Fernández cruzó a Lacalle Pou por el Mercosur cuando reclamó flexibilizarlo". *Perfil*, pp. 2-3.
- Briceño Ruiz, J. (2013). Ejes y modelos en la etapa actual de la integración económica regional en América Latina. *Estudios Internacionales*, 175, pp. 9-39.
- Caputo, D. (2015). *Un péndulo austral. Argentina entre el populismo y el establishment*. Buenos Aires, Argentina: Capital Intelectual.
- Cavallo, D. F. (2001). *Pasión por crear*. Buenos Aires, Argentina: Planeta.
- Cervo, A. (2003). Política exterior e relações internacionais do Brasil: enfoque paradigmático. *Revista Brasileira de Política Internacional*, 46, (2), pp. 5-25.
- El Economista (3 de diciembre de 2020). Felipe Solá sorprendió: el acuerdo con la UE está "casi terminado". *El Economista*. Recuperado de: <https://eleconomista.com.ar/2020-12-felipe-sola-sorprendio-el-acuerdo-con-la-ue-esta-casi-terminado/>
- Figari, G. (1993). *Pasado, presente y futuro de la política exterior argentina*. Buenos Aires, Argentina: Biblos.
- Lewkovicz, J. (9 de julio de 2021). "La amenaza de portazo en el bloque Mercorsur". *Página/12*, p. 8.

- Marinucci, E. (1994). Argentina en el MERCOSUR: ¿Desarrollo de nuevos mercados o simple compensación de déficit? En A. B. Bologna (Comp.), *La política exterior del gobierno de Menem. Seguimiento y reflexiones al promediar su mandato* (pp. 131-148). Rosario, Argentina: CERIR.
- Niebieskikwiat, N. (1 de diciembre de 2020). Primera charla con Bolsonaro para reencausar una relación compleja. *Clarín*, p. 10
- Nofal, B. (26 de marzo de 2021). “Mercosur, a 30 años: una hoja de ruta”. *Clarín*, p. 27.
- Paikin, D. y Dulcich, F. (2017). El sexto socio del MERCOSUR: Un estudio sobre la penetración importadora china y su impacto en el comercio intrarregional. *Revista Perspectivas de Políticas Públicas*, Vol. 6 (nº 12), pp. 395-414.
- Pignotti, D. (17 de enero de 2021). “Daniel Scioli: ‘Las exportaciones de trigo a Brasil están garantizadas’”. *Página/12*. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/317833-daniel-scioli-las-exportaciones-de-trigo-a-brasil-estan-gara>
- Puig, J. C. (1986). “Integración y Autonomía en América Latina en las postrimerías siglo XX”. *Integración Latinoamericana* .11 (nº 109), pp. 40-62.
- Renou, L. (22 de septiembre de 2021). “La UIA, el Mercosur, Todesca y Jorge Neme”. *Página/12*, p. 10.
- Rodrik, D. (2011). *La paradoja de la globalización. Democracia y futuro de la economía mundial*. Barcelona, España: Antoni Bosch.
- Simonoff, A. (2014). “Informe anual de la política exterior del Gobierno argentino (marzo 2013-marzo 2014)”. *Anuario de 2014 del Instituto de Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la UNLP*. La Plata:.
- Vigevani, T. y Ramanzini Júnior, H. (2014). Autonomia, Integração Regional e Política Externa Brasileira: Mercosul e Unasul. *Dados –Revista de Ciências Sociais*, Rio de Janeiro, Vol. 57 (nº 2), pp. 517-552.

TRABAJO RECIBIDO: 17/04/2022



Esta obra está bajo una licencia internacional <https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/>